

Agridulce

Juan Felipe Holguín Jaramillo

Definitivamente, no me quiero morir un lunes. No es que sienta algún tipo de repulsión específica hacia este día en especial; simplemente, el lunes se vuelve a caer en la rutina. Los lunes, por lo tanto, son días en que difícilmente me levanto de la cama y no me dan ganas de nada. Ni siquiera de morirme. Además, pensándolo bien, no me gustaría dejar ese tipo de carga a mi familia o amigos en un día como éste, porque seamos honestos: A nadie le gusta comenzar la semana con un muerto.

Tampoco me gustaría que mi último respiro fuera un domingo. No porque no me intrigue la idea de que mi descanso eterno comience en el día del descanso; sino porque los domingos suelen ser días imperdibles, al igual que los viernes y sábados, días familiares, días de sentarse a ver fútbol extranjero o local, películas olvidadas, salir a caminar, visitar viejos amigos, etc.

Y la verdad no me importa si estoy moribundo, el domingo no me lo pierdo. Tampoco quisiera que la fecha concuerde con algún evento especial o que el clima cambie ese día o que algún planeta se acerque ligeramente más al nuestro, ni nada que pueda prestarse para interpretaciones supersticiosas sobre mi muerte y la actitud del gran cosmos ese día.

En conclusión, lo que quiero es terminar en una casa llena de recuerdos. Que una de las paredes tenga una serie de líneas hechas con mi lapicero dispuestas verticalmente hasta que alcancen la altura que indique la última vez que mis hijos se dejaron medir. Y que a su vez, la puerta se haya tenido que ampliar para dejar entrar nuevos integrantes. Quiero que la encapuchada me encuentre descansando en una silla con el pelo nieve y la piel pétalo, con las rodillas heridas de tanto caerme, pero los brazos fortalecidos de levantarme.

Que me vea las manos callosas de tanto haber arado la tierra de la vida y de haberme enterrado una que otra espina; pero sobre todo, que me encuentre al final del camino con la hoja de “quehaceres” tachada y detrás de mí una cantidad de buenas obras siguiendo mis pasos al estilo de Hansel y Gretel. Que me agarre y de uno de sus abrazos inevitables y me arranque de la vida como solo ella sabe hacerlo: Con una sonrisa en la cara y una gota de lluvia bajando por la mejilla. Porque hasta ella sabe que la muerte tiene algo de agridulce.